



TEMPORADA TEATRAL

Yo no he de verlo; pero, según parece, este año van á tener ustedes en Madrid un renacimiento dramático; por lo menos así lo anuncian algunos periódicos. Dios los oiga.

Comienzan á abrirse los teatros más ó menos extra-
viados, y en la gacetilla sonora y rimbombante ya re-
percuten, como el beso dado en Cantón de que habla el
poeta, los nombres brillantes y expresivos de cien Fer-
nández y mil González de uno ó de otro sexo, bien co-
locados y ordenados en jerarquía alfabética, para evitar
las disputas y puñadas á que una noble y legítima
emulación pudiera arrojar, si faltara ese rasero con
que el abecedario mide á chicos y grandes.

Y así, á la manera que en el Diccionario el abadejo
marcha á la cabeza de todos los pescados, sin consen-
tir que otro alguno le ponga las agallas delante, y esto
no porque él, el abadejo, se crea superior al salmón, ni
aun á la trucha, sino por motivos lexicográficos, digo

que del propio modo en las listas de la compañía vemos al Sr. Alvarez y Alvarez, y aun á Fernández y Fernández delante de Vico y Zamacois, á pesar de ser estos últimos actores mucho más salmones y más fáciles de digerir que aquéllos.

Esos Alvarez y esos Benítez, y esos Fernández y esos Gómez, que vienen no se sabe de dónde, tal vez de un país desconocido que cría exclusivamente cómicos malos, son ahora pésimos intérpretes de las joyas de nuestro genio dramático nacional: lo reconozco; pero dejen ustedes que pasen días, y semanas, y meses, y ya verán cómo de bombo en bombo, de quintilla en quintilla, nuestros críticos con casa puesta los van puliendo y perfeccionando, hasta que el año que viene tenemos ya que los conocidísimos Gómez y González son eminencias en el arte de Roscio y de Donato Jiménez.

Y digo que, como este año leo en las mencionadas *listas de la compañía* tanto apellido vulgar, de esos que no dicen nada, de la tribu de los terminados en *ez*, me prometo una copiosa cosecha de notabilidades mímicas allá para el invierno, á poco que la crítica benévola arrime el hombro.

Y sí lo arrimará, porque siempre lo ha arrimado, sin reparar que el poner puntales á las reputaciones ilegítimas es tanto como minar los cimientos del arte.

Y dejando estas metáforas de mampostería, sostengo

que no hay cosa más blanda de entrañas que la tal crítica, que se pasa la vida compadeciendo á quien no lo merece.

Así han dado los empresarios en dirigir manifiestos al país pidiendo indulgencia plenaria para los malos cuadros de cómicos que ofrecen al indulgente público.

Día llegará en que, al salir de la degollación de cualquier drama inocente, se le ocurra exclamar á un gacillero disfrazado de Janín ó de Larra:

—Señores... perdón para los actores... ¡los infelices... son huérfanos! ¡todos huérfanos!

No sólo son los cómicos impresentables los que progresan poco á poco y llegan á eminencias sin moverse de su sitio, ó sea de su prístina mala naturaleza, sino que también los teatros, sin salir de sus callejones y callejuelas, se van empigorotando y adquiriendo reputación, hasta poder tutearse con el Español y con el Real.

De tal manera va esto, es decir, tan en forma de campana, ó sea *boca abajo* (véase el Diccionario de la Academia y el último artículo de M. Escalada), y tan benévolos van siendo algunos críticos, entre ellos mi querido amigo Bofill, que no desespero, como dicen algunos, de ver en cualquiera periódico serio un concienzudo análisis del estreno de una paliza en el teatro

Guñol; análisis en el que se discuta la verosimilitud de los escobazos que se pegan los personajes de palo, y si está bien ó mal sostenido el carácter de aquellos muñecos.

Confesemos que vamos demasiado de prisa.
No diré á dónde, pero demasiado de prisa.

—

Por lo demás, es claro que, en punto á protección del teatro, aquí sigue no habiendo más gobierno que Ducazcal.

Pero tampoco es oscuro que, por mucho que valga ese señor como empresario, él solo no puede compararse á todo un Estado.

Una de las cosas mejores que tiene que conservar España, es su teatro. Entre todos los teatros habidos (no digo por haber), sólo estos dos, el antiguo griego y el inglés del Renacimiento, pueden competir con el nuestro; pregunten ustedes por ahí fuera, y los que entienden de estas cosas les dirán: ¡Oh! El teatro español de Lope y Calderón, de Tirso y Rojas, de Alarcón y Moreto... ¡cosa buena!

Y sí lo es; lo es de verdad, no hay más que leerlo, es cosa superior; no porque lo digan los eruditos, ni siquiera porque lo afirme Cánovas, sino porque Dios quiere que sea así, que tengamos esa reliquia preciosa entre tantas lacerias tradicionales. Pues bueno: ¡tanto

nos rebajaríamos consagrando á la conservación del genuino teatro español la mitad del celo y actividad (vulgo dinero) que dedicamos á los toros?

Un teatro no se conserva haciendo ediciones pobres de sus obras, con prólogos de Cañete y de D. Aureliano. Un teatro, por mucho que valga, se apolilla si no se le saca al aire. *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *La verdad sospechosa*, *El rico home de Alcalá*, *La prudencia en la mujer*, etc., etc., etc., son seres vivos, inmortales, ya lo sé; pero si los tenéis metidos entre papeles, palidecen, se les entorpecen las coyunturas, allí apretadas y encogidas; sacadlos al teatro, como Dios manda, dejadlos estirarse, bracear, andar y vociferar... y ya veréis cómo esos gigantes vuelven á ser lo mismo que fueron... y serán siempre que se les exponga al libre ambiente.

Representar bien, lo que se llama bien, nuestro gran teatro, es empresa superior á los elementos de nuestra escena actual... Tampoco lo ignoro.

Con unos cómicos que piensan que la característica del arte romántico arqueológico es la percalina encarnada en sus relaciones con el canto llano, no se puede ir á ninguna parte; concedido.

Pero, señores, algo sería empezar.

Empezar á sembrar lo que pudiera llegar á ser crítica ilustrada de veras, público inteligente y entusiástico, Gobierno protector en serio del arte seriamente nacional, y actores que supieran la suficiente anatomía

para poder encontrarse la mano derecha en caso de necesidad.

Pudiéramos empezar, v. gr., creando la ópera nacional. ¿Cómo? Con dinero.

Y una vez creada esa ópera y convencidos de que era mala mediante una transferencia que no diese ocasión á dicharachos, por supuesto, emplear todos los cuartos en Calderón, Lope, Tirso, etc., que son los mejores músicos que hemos tenido y que tendremos probablemente (1).

Y si no basta con esa transferencia, podríamos hacer que todos esos Alvarez Benitez, Fernández, Gómez y Jiménez que llenan los teatros, expuestos á ser eminencias el día de mañana, volvieran á ese país desconocido de donde los supongo oriundos, á trabajar la tierra, explotar los *veneros* de riqueza que encierra, su- dando noche y día, y aplicar el producto de todas esas faenas á la creación del teatro nacional.

Y créanme ustedes á mí; si no se hace esto que yo digo, ó cosa parecida, podrán ir saliendo Talmas y Maiquez de los rincones, podrán convertirse en Vicos y Calvos todos los González y Rodríguez nuevos, pero no parecerá la capa.

(1) Esta broma inocente ha dado motivo para una alusión, y después para un artículo muy cortés y halagüeño para mí, del maestro Bretón. Más adelante, si no me han cambiado los papeles, se encontrará mi réplica á la alusión del notable compositor.



LUIS TABOADA⁽²⁾

ESTOY seguro de que si á Linares Rivas le preguntan:

—¿Quién vale más, Luis Taboada ó usted?

Contesta el Sr. Linares Rivas, ó Ripas, como quiera Cheste que se diga:

—¡Yo, hombre, yo!

Y tuerce el gesto con desdén, y sonríe con desdén, y da media vuelta y se va con desdén.

Pues ya no hay tal cosa, Sr. Linares, no hay tal cosa; vale más, pero mucho más, Taboada.

Los dos son gallegos; pero ya se sabe que hay gallegos y gallegos.

Cuando un gallego se propone ser hombre de importancia, no hay quien le ataje. A esta clase de suevos pertenece el Sr. Linares. De éstos, unos vienen á Madrid decididos á cargar con una cartera, y otros á cargar con una cuba, según sus posibles; pero todos á cargar con algo y sacar de ello todo el provecho que se pueda.

(2) De una colección de semblanzas titulada *Vivos y muertos*, que publicaré, Dios y el editor mediante, el año próximo.

Taboada no es de esta clase de gallegos; no es de los que se proponen subir y subir, y hacer ruido, y darse importancia para que lo sepan en Galicia. No es de esos jóvenes gallegos que alborotan en la Universidad ó en las Academias, y cultivan las ciencias y las artes, con un ardor que molesta á los circunstantes, y sudando gotas como puños, ni más ni menos que si estuvieran cavando en los campos de su tierra.

Yo declaro que no hay para mí nada más antipático que uno de estos muchachos modernos—sean gallegos ó no—que se han propuesto hacer carrera á toda costa, y no piensan en otra cosa, y todo lo supeditan á este propósito, á esta concupiscencia interesada y repugnante. De éstos, por desgracia, hay muchos hoy día, de Galicia y de todas las provincias de España. Así entienden los más el positivismo. Bueno que á uno le guste medrar; pero cuando se es joven no se debe pensar en eso exclusivamente; esa línea recta á que por naturaleza tiende la ambición, debe convertirse en quebrada y en curva, obedeciendo á otras fuerzas que impulsan al ánimo en otros sentidos: el amor, la fe en algo, los sueños, la vaguedad del deliquio en que consiste una juventud bien saboreada, la afición á tal ó cuál arte, á la ciencia pura, á cualquier cosa que no dé de sí el medro personal, deben ser motivos para desviar al joven que tenga algo dentro de sí, del camino derecho de la ambición.

En Madrid pululan los muchachos, ya talluditos al-

gunos, que no son más que máquinas de hacerse ministros. Conozco muy pocos que se hayan quedado atrás voluntariamente, prefiriendo satisfacer una vocación, cumplir un gusto legítimo, al dogma inflexible de ese miserable *excelsior* que es un sarcasmo del otro *excelsior* que cantó Núñez de Arce.

Uno de esos madrileñitos que, ya digo, pueden ser gallegos, no concibe que haya quien se eclipse por su gusto, que se deje una ocasión de subir, que se llame tonto ó feo á un personaje que es ó va á ser ministro.

No comprenden los mentecatos el placer refinado de mandar á paseo á un señorón que os prometió en vano haceros personajes á cambio de un poquito de bombo forzoso, y después irse á casa á comer *meros garbanzos*, como decía un amigo mío que despreciaba el clásico puchero...

No es esta ocasión de estudiar con el detenimiento que el asunto merece á esta ralea de ambiciosos que son anuncio seguro de futuras desgracias para España; haya república, como yo deseo, ó monarquía, ó lo que Dios quiera. La materia es muy importante, y á tratarla animo á nuestros buenos novelistas y autores satíricos de la prensa y del teatro; yo mismo, aunque de mala manera, he de sacar en mis libracos una y otra vez á estos caballeres, pintándolos como son, que es lo peor que se puede decir de ellos (1). Abundan en la literatura,

(1) En la *Maximina* de Armando Palacio figura ya un caballero de esta orden, llamado Brutandor.

no escasean en la ciencia, pero son, sobre todo, la plaga de la política.

He hablado de ellos ahora por el contraste que ofrece Taboada con semejantes langostinos.

Luis Taboada no es una hormiguita para su casa; pero tampoco es un bohemio, aunque á éstos, cuando tienen talento, los trata, considera y hasta quiere. Si se oye á *mi héroe* hablar en el café, podrá parecer uno de tantos jóvenes *abandonados* que todo lo sacrifican á un chiste, que por pereza viven sumidos en un sopor del ánimo que sólo produce escepticismo vulgar y seca los jugos de toda aptitud útil y constante; pero no hay tal cosa. Taboada se levanta, sale del café, donde reina por la gracia de su verbosidad y de su mímica, y entra en su modesto hogar, donde le aguardan su mujer, sus hijos y las santas ideas, y los sagrados sentimientos que son y serán el ambiente amable, puro y tibio de la familia, pese á todas las literaturas desengañadas y á todas las filosofías demoleadoras del mundo. Para mantener esta familia decorosamente, Taboada trabaja como un negro, y aunque su vocación es la literatura sin mezcla, como no se cree un *artista* en el sentido de no querer poner mano en lo que no sea *pura creación*, no tiene inconveniente, si se lo pagan, en hacerse gerente de una sociedad de seguros contra incendios, ó si á mano viene, empleado en un ministerio (si mandan los republicanos), y hasta periodista ordinario en un periódico republicano también.

Así es Taboada; un trabajador que á ciertas horas puede parecer un holgazán, un activo y sensible padre de familia que en ciertos sitios puede parecer un bohemio desalmado que cree todos aquellos chistes escépticos que dice, un literato de buena cepa que puede en ocasiones pasar por un noticiero cualquiera.

De aquí que muchos que valen menos que él, se crean muy superiores.

Por eso yo empezaba comparándole con Linares Rivas; no para molestar al Sr. Linares, á quien no conozco más que por sus resultados, sino para poner un ejemplo gráfico.

Es muy fácil engañarse juzgando á Taboada.

En eso mismo de los chistes de escéptico es muy fácil el engaño. Yo lo dije así, por decirlo pronto; pero no porque no sepa que los chistes abundantes y poderosos del importante miembro del *Bilis-Club* más son satíricos que escépticos. Hay, sí, en Taboada cierta misantropía recóndita, acaso algo más de pesimismo; pero escepticismo yo creo que no. Taboada cree, de esto estoy seguro, en los afectos radicales de la vida humana, en los grandes deberes, en la nobleza de la verdad y de la sinceridad, en la independencia del carácter, en la seriedad del arte, en la sublime delicadeza del gusto escogido; y si casi siempre en sus artículos y en sus conversaciones de café hay hiel y vinagre, no es para que los beba Cristo, sino para que los trague el mal ladrón, á quien previamente Taboada mismo se encarga de cru-

cificar. Taboada no es un maldiciente, ni menos un envidioso; es un autor satírico que ejerce en todas partes. Dicen algunos que murmura del mundo entero, que no perdona á los amigos, y no es eso. Es que Taboada tiene el gusto muy delicado, un gran instinto crítico, una sagacidad profunda y sutil, y todo esto hace que vea los defectos y los encuentre repugnantes antes que otros de sentidos menos despiertos.

Yo declaro que si algo malo ha dicho de mí Taboada alguna vez, desde luego se lo perdono, y no por eso le tengo por mal amigo; sería lo que llaman algunos su murmuración, una censura aguda, justa y graciosa de mis defectos ó de los de mis obras.

En las retóricas filosóficas al uso se habla del autor satírico como de un hombre que tiene un ideal superior al que siguen aquéllos á quienes combate; y aunque esta teoría, que entre nosotros expuso magistralmente D. Francisco Canalejas, tiene sus más y sus menos y no siempre es exacta, en este caso lo es. Sí: Taboada, autor satírico por excelencia, tiene ese ideal superior, aunque él mismo no se da clara cuenta de él, y la acrimonia de mi buen amigo no nace de ese *dilettantismo* de mala voluntad, tan general entre los literatos que llaman algunos *humorísticos*, sino de la tristeza recordada que engendran á la larga el gusto fino, casi siempre rozándose con asperezas de la grosería y de la necedad, y el mérito personal desconocido por los hombres distraídos y vanidosos, y contrariado por el oleaje

de la vida... (dejo á cualquier orador de primeras letras la gloria de terminar esta alegoría marítima.)

*
**

Luis Taboada vino de Vigo á Madrid á escribir... cualquier cosa. Cuando yo le conocí en *El Solfeo*, ya era él popular, pero de entonces acá ganó todavía mucho en eso que se llama el *concepto público*, y, lo que importa más, ganó en facultades de observador y de escritor. Cuando el lector (que puede ser *crítico*) no sabe ser original para juzgar, no descubre dotes de escritor importante en aquel á quien no se las ha reconocido ya la fama, y menos á quien no da á sus trabajos una de las formas clasificadas entre los géneros aristocráticos de la literatura.

Por eso en ciertas listas estereotipadas de escritores modernos de valía, no suele aparecer el nombre de Taboada, aunque vale éste más que muchos de los que figuran en esas listas más ó menos gloriosas. No todos los lectores son como D. Laureano Figuerola, que hace ya diez años me preguntaba una noche en el Ateneo por Luis Taboada, cuyos artículos le revelaban un ingenio fuerte, gracioso y de mucha intención y perspicacia.

Taboada no escribe *cosas largas*; no se ha hecho idealista, ni naturalista, ni publica novelas, ni escribe dramas ni comedias de *empeño*. Taboada, como Eduardo

de Palacio (1), escribe artículos *ligeros* á docenas, y el caudal que podía acumular en una obra de pretensiones, con su plan y todo, lo derrocha á diario en media docena de periódicos. Yo no digo que haga bien; pero tal vez tiene sus motivos para no hacer otra cosa.

Se puede y se debe desear que el cronista del *Madrid Cómico* llegue en breve á tener tiempo (y mimbres *metafísicos*) para poder *reconcentrarse* y escribir poco á poco un libro, sea una novela ó lo que se quiera, en que aproveche sus grandes cualidades de escritor fácil, gracioso y de buen gusto y la de observador de costumbres y pintor de tipos y ridiculeces, para llegar así á la fama que merece, muy superior á la que goza, conser ya ésta mucha; digo que se puede y se debe desear esto; pero entretanto, conviene alabar desde luego su fecundidad pasmosa, su inagotable caudal de gracias verdaderas, *suyas* y naturales, y aquella fina penetración y aquel excelente gusto que burla burlando asoman en casi todos sus escritos.

Verdad es que escribe muchas veces sin gana, casi aburrido, despreciando lo mismo que va dejando caer sobre el papel; pero aun entonces suele demostrar su talento, sus facultades valiosas de escritor satírico, y hasta su buen gusto, que entonces se manifiesta en la modestia con que desdeña las propias obras que no responden á la idea suya fielmente.

(1) De quien también hay mucho que decir, y bueno.

«Taboada se repite,» he oído decir. ¡Es claro! El escenario casi siempre es el mismo. Pero si en los artículos, por culpa del mundo, hay cierta monotonía del color, el que entienda puede ver la variedad del dibujo. Habrá pintado Taboada más de mil casas de huéspedes, y dos mil tertulias cursis, es verdad; pero siempre sabe encontrar matices distintos, y esto prueba su aptitud para novelista de costumbres. Dadle, dadle tiempo y veréis... Pero no tiene tiempo, porque no tiene dinero. No tiene dinero bastante para dar paz á la mano y dejar al pensamiento trabajar solo.

Necesita escribir todos los días, copiar la realidad que pasa, sorprender las muecas de la vanidad, el color de la envidia, las contorsiones de todos los vicios y ridiculeces; necesita ir al café á desahogar y necesita acudir á su casa con el pan de sus hijos; no puede dedicarse á *genio*, no puede proclamarse *artista* que descansa seis días para producir el séptimo...

¡Tiempo! ¡Tiempo! No lo tiene para mirar en el Diccionario las palabras de dudoso significado ó de dudosa ortografía.

Por fortuna le enseñó á escribir bien, con corrección y propiedad, el que da de comer á los pajaritos del campo.

Diré, para evitar confusiones, que aludo á la primera persona de la Santísima Trinidad (1).

(1) En el libro que preparo, esta semblanza es más larga.